

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8164

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—1 mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 23 de Enero de 1889



CANTARES

No hay una niña que tenga
Lo que tiene Encarnación:
Dos ojos de tiro rápido
cargados con ilusión.
Es menester que el Alcalde
Publique un bando en verano
Para que se den las dulces
con chocolate de EL BARCO.

Los cafés empaquetados y los de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

TAPICERO ADORNISTA
SE NECESITAN COSTURERAS
Medieras, 6, segundo.

INFLUENCIA DE LA IMITACIÓN

en el suicidio y varias enfermedades.

(Continuación.)

Doscientos años antes de la guerra de Troya, las hijas de Preto, atacadas de histérico, vagaban por los campos creyéndose convertidas en terneras. Bien pronto la enfermedad se propagó dando origen á una verdadera epidemia de licantropía entre las mujeres de Argos. El pastor Melampo consiguió curar á las hijas del rey. Habiendo notado que sus cabras, se purgaban comiendo el ébano, concibió la idea de hacerle tomar á sus enfermas y en la creencia de que la fatiga muscular y el ejercicio forzado completaría la curación, hizo que fueran perseguidas en una larga carrera por otros tantos jóvenes. De este modo obtuvo una curación completa y la epidemia cesó. Poco, en recompensa de tan gran servicio, quiso darle una de sus hijas en matrimonio; pero Melampo no aceptó sino con la condición de que su hermano obtuviera el mismo favor casándose con la otra.

A la imitación de haberse los fenómenos convulsivos que se han observado en Saint Guy, en las Cévennes, sobre la tumba del diácono Paris, lo mismo que las que tenían lugar al rededor de la cubeta de Mesmer.

En el mes de Junio de 1848, época de las discordias civiles en Francia, se hallaron multitud de obreros sumidos en la indigencia por falta de trabajo. El Gobierno provisional, concibió la idea de crear talleres nacionales de mujeres, donde se hicieran camisas para toda la tropa por un módico jornal.

Abiéronse en efecto, varios talleres, y uno de ellos se instaló al fin de la calle de Gouffé en el vasto picadero de M. Hope.

Cuatrocientas mujeres fueron colocadas en dicho picadero, cuya cantidad de aire fue medida y fijada en 5.000 metros cúbicos,

resultando 12 metros aproximadamente por cada obrera. Se abrieron anchas ventanas en la parte superior cerca del techo, para que el aire y la luz entrasen con profusión en aquel amplio recinto.

El trabajo duraba diez horas: el descanso era de otras dos por la mañana y otras tantas por la noche. La faena no era penosa, ni el trabajo se hacía en malas condiciones de salubridad.

Apesar de todo al cabo de quince días, la Alcaldía recibió un aviso de que en el personal del taller nacional del picadero de M. Hope se presentaban frecuentes casos de ataques convulsivos de carácter alarmante.

Una de las obreras perdió de repente el conocimiento, púlsió y tuvo convulsiones. En el otro extremo de la fábrica, una segunda obrera que no había visto á la primera, experimentó los mismos accidentes con poca diferencia; luego fue atacada una tercera y sucesivamente otras varias en diversos puntos de aquel vasto recinto: en dos horas fue necesario sacar de allí á treinta mujeres de más ó menos edad.

Se las transportaba á tres y cuatro en vándos y tendidas al aire libre sobre el césped, apesar del ardor del sol y de lo sofocante de la atmósfera, todos los accidentes nerviosos desaparecieron, bajo la influencia de un poco de agua fresca.

Al día siguiente las enfermas de la víspera, volvieron al taller para emprender de nuevo su trabajo, después de algunas horas una de ellas perdió de nuevo el conocimiento y experimentó convulsiones generales. Fue atacada una segunda, luego una tercera y al fin se manifestaron con poca diferencia, los mismos fenómenos nerviosos en 45 personas, que fueron sacadas al aire y tendidas sobre el césped de la explanada. Entre estas había muchas que habían estado enfermas el día anterior; pero la afección nerviosa había producido nuevas víctimas.

Al tercer día se repitió lo mismo en 40 obreras, y la población de aquellos barrios comenzó á preocuparse del espectáculo cotidiano que presentaban tantas mujeres aglomeradas en tan amplio taller, atacadas de síncope convulsivo. El temor de la muerte asustaba á los que no estaban acostumbrados á ver enfermos. Ya fuese por ignorancia ó por mala fe, propalaron algunos que el Gobierno provisional quería desembarazarse de las infelices á quienes no podía alimentar y se oye con amenazas de venganza que llegaron hasta la Alcaldía.

Esta se encontraba entonces dirigida por dos médicos M. M. Dujardin-Beaumont y Deslang, los cuales encargaron al doctor Bouchut que estudiara aquellos ataques para hacer conocer sus causas al Prefecto de policía. Bouchut lo hizo inmediatamente ocupándose en observar la marcha de los acontecimientos, tomando los datos necesarios para redactar el dictamen pedido, que terminaba con las siguientes conclusiones:

1.º Que los accidentes observados en las obreras del picadero de Hope, eran síncopes convulsivos, probablemente de carácter histérico.

2.º Que eran debidos á un contagio nervioso originado por la imitación.

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó letas de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París el E. A. Loreate, rue Caumarlin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31 y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

3.º Que era preciso despedir á las obreras enfermas para atajar la propagación del mal á otras personas.

4.º Que era necesario ventilar el picadero por medio de aerturas practicadas en la parte baja de las paredes.

Estas conclusiones fueron adoptadas, y el miedo de volver al taller, la falta de todo principio contagioso histérico y la ventilación más completa, hicieron cesar inmediatamente la producción de los síncopes convulsivos.

(Se continuará.)

Variedades.

Solución al enigma inserto en el número anterior:

LA SOMBRA

Charada.

Siempre hay agua en la primera
segunda con cuarta araña,
nombre de mujer tres cuatros,
el todo y primera cuarta.

José M. Cepero.

La solución en el número próximo.

UN DÍA DE CAMPO

«Amigo Antonio: pasado mañana día de Reyes vamos la familia á pasarlo en el campo y deseamos nos acompañes, para que nos proponemos pasar un día de alegría. A las nueve de la mañana puede V., si como creo acepta, pasarse por esta su casa para montar en el carruaje. Su siempre amigo L. G.»

Con la anterior carta me desayuné yo el día 4 de Enero del año último, y muy agradecido al recuerdo, contesté en el acto aceptando el obsequio.

Poco aficionado á giras y menos á giras de todo un día, aparte de la satisfacción porque se habían acordado de mí, no me hacía feliz la cosa.

D. L. G., su señora y dos bellas hijas, eran en mi juicio los compañeros de excursión, y ya que los primeros no hacían mis delicias, esperaba que la conversación de las niñas neutralizara el mal efecto campestre, hasta cierto punto.

Llegó el día seis: á las ocho estaba yo en pie saboreando un dolor de muelas cuando me felicitaron los Reyes del Oriente, y por cuya causa no pude pegar los ojos en toda la noche anterior.

Al verme en aquella situación, dudé entre si mandar un recado diciendo la verdad, ó ir; por temor á que lo creyeran una excusa, me decidí y á las nueve en punto estaba yo como un reloj casa de mi amigo.

Lo primero que vi al llegar fue la galera en la puerta, la que tenía enganchada dos inofensivas mulas, que al verme parecían decirme: «¡Maldita la gana que tenemos de movernos!»

Después me eché á la cara dos zánganos á quienes yo no conocía, y resultaron ser los novios de las niñas.

El dolor de muelas por un lado, y el cuarto amoroso que se presentó en escena, diéronme una idea del día que se me esperaba y casi casi estuve por echar por la calle de enmedio y volverme á mi casa.

«Al carruaje, al carruaje» dijo mi buen amigo, y todos obedeciendo como ovejas, bajamos la escalera, salimos á la calle y tomamos asiento en el vehículo, por cierto bien desahogado.

Mi amigo D. L., su señora y dos criadas que de puro brutas hicieron cruzar el carruaje al sentarse, ocupaban un lado, y las dos tiermas parejas conmigo en medio de ambas, el otro.

El conductor de aquel tren de sangre, ocupó su puesto de preferencia, y tras media docena de arres que debió oír toda la vecindad, arrancaron las mulas con un paso lento y pausado como quien dice: «Ya tenéis para rato».

Las dos parejas emprendieron sus diálogos amorosos, mientras la señora de la casa, es decir, de la galera entonces, iba instruyendo á las criadas, sobre la comida del día, cuyas instrucciones sirvieron para que yo averiguara que la comida iba á ser muy de familia, demasiado de familia.

Yo, en el interior iba filosofando sobre las caries de las muelas, que á los baivanos del caserón de dejaban sentir unos pinchazos que me hacían ver hasta el último rincón de las morañas celestiales.

Alguna que otra vez solía decirme el señor mayor, con cierto aire de vanidad: «Que tal, ¿va V. bien Antonio?» «Muy bien, mucho» le decía yo. «Es muy cómoda esta galera».

Los amantes masculinos entre los cuales iba mi humanidad, solían darme algún que otro codazo, para dar la cara más de frente á sus capdoras novias, pero yo apenas lo advertía, porque mi pensamiento de lleno estaba todo en la boca; es decir, en las muelas.

De vez en cuando oía un «Me quiere Sombra» «Te adoro» contestaba las niñas con una voz que me parecía muy dulce.

Las mulas iban tan aburridas como yo, pues por más que el conductor las atreaba, ellas no salían de su paso.

Las criadas después de bien empapadas de como habían de hacer el arroz de rigor, se quedaron dormidas como dos ángeles.

No habían pasado cinco minutos de que los tiernos angelitos del sexo fragatiz habían cerrado sus ojos, cuando uno de ellos, el representante del arte culinario, echó á roncar.

Es innegable que un viaje con dos parejas en estado de empalagar al hombre de mejor estómago, en un galera sin muelles, con un par de mulas que no tienen prisa, dos criadas como dos lechazas que duermen y hasta ronca una de ellas, y un matrimonio satisfecho de sí mismo, es magnífico; pero si se tiene la suerte de que una mula seque la cabeza y diga «aquí estoy yo» entonces es delicioso, sumamente delicioso.

Un poco molido del traqueteo y deseando llegar, saqué el reloj, vi la hora, eran las diez. ¿Falta mucho para la hacienda? dije casi maquinalmente. «Estamos en la mitad del camino.» Me respondió la señora que hasta entonces no me había dirigido la palabra.

La idea de que aun faltaba una hora, y que aquella misma tarde tendríamos que destapar el hecho, me hirió en lo más hondo de mi corazón, amargándose el futuro arroz y la pava asada que viajaba con nosotros, y de la cual se habló varias veces en los diálogos de la señora y la criada.

El tiempo, que ya desde primera hora era frío, fue descomponiéndose por momentos, y esto lo observaron todos, menos las mulas, que no por la amenaza de lluvia, tuvieron su reposada marcha.

Á las diez y media el agua caía á torrentes, el viento raso de la galera, demasiado raso, empezó á destilar, por los ajustes de las cortinas zagueras, dio en entrar el agua y nosotros dimos en mojarnos de la cabeza á los pies.

Todos procurábamos disimuladamente ampararnos al abrigo de los vecinos, con el lau